

Clase de mujeres, sí ¿pero entonces?*

Alain Lipietz**

En aquella época existía aún un movimiento obrero orgulloso de serlo, y habían nuevos movimientos sociales. Los intelectuales de entonces discutían sobre la esencia de estos movimientos, de sus fundamentos, sus principios y objetivos, y también, de su jerarquía. Asimismo, en esos tiempos todavía se discutía sobre la respectiva legitimidad de las diferentes posturas acerca del nacimiento de la historia. Éramos muy ingenuos y, a pesar de todo, llenos de esperanzas; cuestionábamos un marxismo ortodoxo, ignorábamos que vendrían tiempos sin marxismo y sin causa. Era el fin de los años setenta.

En realidad, ya era tarde. Los militantes del movimiento obrero, los defensores del marxismo se sentían en crisis, enfrentados entre otras cosas (se pensaba) al surgimiento de otros nuevos movimientos, como el feminismo. Entonces, “como hombres y/o como marxistas” nos reuníamos y meditábamos sobre la práctica (y la teoría) de las feministas y su posible articulación con lo que habíamos conocido del movimiento obrero (y del marxismo).

Muchos de aquellos dioses han desaparecido sobre ellos lloran los sauces...

A riesgo de pasar por un guardia de museo ligeramente anormal, persisto en pensar que se trata de un

tipo de dioses, los cuales, si se mueren una tarde, la mañana siguiente los vería renacer. Dentro de poco volveremos sobre aquellos viejos y abandonados debates; las del enraizamiento social de los debates políticos, con la insoslayable problemática de clases (en el sí, por el sí, etcétera...) de sus intereses y de sus alianzas.

En aquel período, algunas feministas muy aisladas (como por ejemplo, Colette Guillaumin¹ y otras de sus camaradas de la revista *Questions Féministes*) se atrevieron a llevar el debate hasta la eferescencia, planteando la relación social Hombre/Mujer como una relación social de explotación, sexaje.² La colectividad explotada en esta relación forma naturalmente una *clase*.

Fui y sigo siendo hasta ahora, uno de esos marxistas que admiran (y admiraron a pesar de múltiples reticencias) esta conceptualización, participando aun en “un grupo de hombres”, y continuando la militancia en un movimiento sindical y estableciendo siempre referencias al marxismo.

Ahora, evidentemente todo esto es bastante problemático. ¿Cómo puede pretenderse retocar el marxismo inyectándole el “sexaje”? ¿cómo se puede participar en “un grupo de hombres” si éstos forman una clase de explotadores? Y, (¡pero de eso no puedo juzgar!) ¿cómo se puede, se preguntaba Emmanuelle de Lesseps,³ ser — sin la colaboración de clases —, fe-

*Intervención en el coloquio *Los hombres y el sexismo*, organizado por la Asociación Adam y la revista *Types*. St. Cloud, 27-28 octubre 1984.

**Profesor y director de investigaciones del doctorado de la Universidad de París VIII y XIII, e investigador en el CEPREMAP.

Agradecemos la colaboración de Mamodou Si Diop y Margarita Magaña para la traducción de este texto.

¹Colette Guillaumin, “Pratique du pouvoir et idée de nature: l'appropriation des femmes”, *Questions Féministes*, núm. 2.

²Guillaumin construyó la palabra “sexaje”, por analogía a “esclavaje” (esclavitud), “servage” (servidumbre), para expresar una relación de dominación, ahora a través del sexo. Un neologismo paralelo en español podría ser la palabra “sexaje”, que se utiliza en este texto. [N. del T.]

³Emmanuelle de Lesseps, *Questions féministes*, núm. 27.

minista y heterosexual? Esta cuestión animó los órganos: la *Revue d'en Face*, *Questions Feministes* y *Partis Pris* en el año de la desgracia de 1979. En el seno mismo del debate nacional e internacional, acerca de la relación "marxismo/feminismo", se centró, especialmente, el concepto particularmente provocador del "sexaje" cuyo interés quisiera recordar aquí.⁴

Los sexos: relación social

Recordemos brevemente el contenido del concepto "sexaje", al menos como yo lo capté.

En primer lugar, es una relación social, una relación de dominación que, escudándose en la evidente diferencia biológica, constituyen los sexos de los cuales hablamos, y en particular, el "segundo sexo". Estos no son dos géneros o dos naturalezas que cooperan o se enfrentan. La relación hombre/mujer es fruto de una historia, que hace de los hombres y de las mujeres lo que unos y otros son: dominantes y dominadas, explotadores y explotadas, en esa relación, (aunque en otros casos ellos pueden ser los explotados y ellas, las explotadoras). De este hecho, la relación social "sexaje" puede tener una inversión de papeles para algunos individuos particulares.

Por lo tanto, esta relación social es global, y no la yuxtaposición de relaciones de millones de parejas. El trabajo doméstico, la opresión en el seno de las familias constituidas es sólo uno de sus aspectos. El sexaje reina en las calles, en las empresas: entre todas las mujeres y todos los hombres. Parafraseando lo planteado por Marx respecto a los obreros, Guillaumin escribe que cada mujer pertenece a toda clase de hombres antes de ser propiedad de un hombre en

particular. Es, entonces, toda una clase que domina a la otra. De hecho, diría yo, la forma de la familia se transforma en lo profundo, sin que por ello sea abolido el sexaje.⁵ Al igual que se ha borrado hoy en día la figura de la empresa patronal con 'sus' obreros, dejando el lugar a los miles de estatutos jurídicos (interín, etcétera), las ventajas que sacan los hombres de las mujeres (sexualidad, labores domésticas, crianza de los niños...) pueden reproducirse por medio de comportamientos no tradicionales (comunidades, familias monoparentales, etcétera).

En fin, y esta vez a diferencia de otras relaciones de clase, la relación de sexaje no tiene límite determinado ni cuantitativo (a diferencia de asalariado) ni cualitativo (a diferencia del asalariado) ni cualitativo (a diferencia de la esclavitud). El tiempo de las mujeres, su saber-hacer, su cuidado o atención, pertenecen completamente a los hombres. Explotación y opresión se mezclan así intrincadamente (Guillaumin habla de "apropiación"). Los únicos límites a esta "disponibilidad" de las mujeres para los hombres aparecen sólo en la contradicción que nace de su apropiación por un hombre en particular, frente a otros hombres (y por supuesto, de la guerrilla individual y colectiva de la mujer, contra el sexaje).

No me corresponde a mí discutir el interés teórico de este análisis por la lucha feminista (en lo que respecta, por ejemplo, a la familia, la "doble jornada", la especificidad del lugar reservado a las mujeres en los empleos pagados, etcétera). En cuanto al interés ideológico de la utilización del concepto de "clase de mujeres", me remito a la entusiasta defensa de Francine Comte,⁶ quien evoca el uso "irónico" de este concepto: fuerza de un instrumento que conceptuali-

⁴Retomando mi intervención en *Partis Pris*, núm.22, sept. 1980.

⁵Es por eso, en mi calidad de marxista, que yo consideraría realmente el sexaje como una relación social fundamental, que marca las diversas formaciones sociales donde se han sucedido distintas formas de familia: como modo de producción oponiendo a dos clases, y que se articula a otros modos de producción enfrentando de manera diferente a los individuos que la sustentan.

⁶Francine Comte, "Classe de femmes, tseu, tseu", en *Partis Pris*, núm.14, París, noviembre 1979. Sobre la "risibilidad", de consultar la hermosa novela de Umberto Eco, *El nombre de la rosa*. Sin duda alguna sería fácil e interesante demostrar que K. Marx no había desaprovechado ni el nominalismo de Guillaume de Baskerville, ni el de Francine Comte.

za prácticas reales, crítica de una utilización de esta herramienta intelectual. Quisiera simplemente tratar de explicar aquí dos cosas: la contribución del marxismo a la revolución feminista y el interés de este análisis para el participante que pertenece al "grupo-hombres". Posteriormente quisiera evocar los límites que podrían surgir de una interpretación, un tanto burda, de la noción de la "clase de mujeres".

Una revolución radical

El joven Marx basaba su concepción de la historia (y su esperanza en la revolución) en las relaciones establecidas entre los seres humanos (de los dos sexos), en la producción material de su existencia, y si después consagró todos sus esfuerzos en las relaciones capitalistas características de nuestra época, (y en este sentido dominador) señaló que, en la raíz de estas relaciones, estaba la relación hombres/mujeres. Lo que se ha olvidado rápidamente.

En fechas recientes el historiador F. Braudel, movilizándolo su inmensa erudición en un libro maravilloso, dio un nuevo enfoque y una luz intensa sobre el apilamiento de los niveles, de estas "relaciones en la producción material".⁷ Debajo y previo a el capitalismo, está el intercambio mercantil corriente. Y todavía más abajo en la base, se encuentra esta parte escondida del iceberg: la producción material cotidiana, "extra-económica", en el sentido de que ésta no es objeto de una contabilidad comercial. Desde el nacimiento hasta el entierro, el peso de esta producción material recae esencialmente en la mujer. Y lo que es cierto en el período que va del siglo XV al siglo XVIII lo es desde el nacimiento de la historia y permanece todavía hoy en día. La "economía informal" siempre ha existido y la clase productiva de esta economía, la constituyen principalmente las mujeres.

Sin su trabajo, no habría el servicio del capital, ni "núcleo central" en la petroquímica, ni "periferia" de inmigrantes, ni campesinos explotados y ahogados en los países dominados. Y las enormes diferencias que hay entre las condiciones de vida de la mujer de un técnico francés, de una "viuda blanca" del Trasmontes (en Portugal) que produce "carne" (hijos) para la emigración, o de una brasileña reproduciendo la fuerza de trabajo prácticamente no pagada de su marido en una explotación de caña de azúcar, no cambian en absoluto la situación. La producción material de toda existencia humana descansa ante todo en la mujer.

Pero este aspecto material no lo es todo. El hecho que un sector mayoritario de la humanidad se ha consagrado desde tiempos inmemoriales a la producción de la existencia de todos me parece haber entregado el modelo ideológico y político de todas las otras formas de poder y explotación. Realidad tan interiorizada que generalmente se le confía a la mujer la tarea de recordar esta eterna verdad: siempre será así; es natural que algunos(as) trabajen, estén a la disposición de otros, y que los otros estén con el derecho de exigir lo que se les debe (tributo, renta, impuesto, ganancias...) de la clase, de las clases productivas.⁸

Es por ello que la revolución feminista, en su fuerza difusa, capilar, molecular, y "subterránea" si se quiere, aunque ella no puede tomar el carácter espectacular de la insurrección obrera (por el hecho mismo del carácter difuso, permanente, subterráneo de la apropiación de la cual son víctimas generalmente las mujeres), será la más radical de todas, puesto que son las bases mismas de la sociedad las que serán estremecidas.

Y aquí, nuevamente, la tesis del "sexaje", "de la clase de las mujeres", con su carácter primario, masivo,

⁷Fernand Braudel, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme*, Armand Colin, 1978. Pero se puede cuestionar la definición braudeliana de "capitalismo".

⁸De allí la ambigüedad de tal película como de Mizoguchi (*Cuentos de la luna vaga después de la lluvia*) que muestra muy bien la interiorización que puede confirmar esta moral de "cada uno tiene su lugar".

que no entra en detalles, me parece muy útil. Las consideraciones en el caso de la "mujer del gran burgués" y de su sirviente son secundarias. Los teóricos podrán articular los modos de producción, demostrar cómo la "apropiada" de un super explotador puede beneficiarse de las migajas de la explotación capitalista. Algunos casos particulares, las centenas de miles de casos particulares, (a causa de la interferencia del sexaje y del asalariado) no suprimen una verdad que es válida para dos mil millones. Pero esta verdad no se transformará en una fuerza material hasta que esos millares se apoderen de ella. Sólo entonces el capitalismo no podrá contar más con la paciencia de los explotados masculinos que aún tienen subalternas contra las cuales vuelcan su hostilidad.

Entonces "la vida entera deberá cambiar". En una dirección que las mismas mujeres deberán fijar, que ellas fijan ya; consecuencia de su resistencia pacífica, individual, mediante sus acciones colectivas y ofensivas.

Contra la fábrica de machos

Mientras se esperan esos días, ¿deben los hombres conformarse con preservar sus privilegios en el "sexaje", ("después de mí, el diluvio") manteniendo su lucha contra la explotación de la cual son víctimas en las relaciones capitalistas, mercantiles o feudales? Es sin duda la actitud de la mayoría. A pesar de ello, hay bastantes hombres que, no menos machistas que otros en la vida cotidiana, se sienten parte integrante de la lucha contra el machismo, reuniéndose, incluso, para hablar entre ellos. ¡Desconfianza! ¿No se trata acaso de una forma sutil de "sindicato de machos", preparando la contra ofensiva sexista? Los explotadores, sólo se concentran para explotar.

Es allí donde todavía la tesis del "sexaje" me parece paradójicamente útil. Personalmente, en alguna medida, ella me ha liberado de culpabilidad: si soy machista, no es tanto porque sea un asqueroso, egoís-

ta, brutal, elitista, etcétera, es también porque estoy formado para ocupar un lugar en una relación social que me sobrepasa totalmente, que rebasa mis relaciones con mis compañeras. Ahora bien, esta relación social, de la cual saco múltiples ventajas, — ya que me encuentro al lado del mango de la sartén —; por otro lado, me molesta. Es un papel que se debe jugar, y lo juego por costumbre y conformismo, frecuentemente contra mis "buenas inclinaciones y propósitos". Sartre dice: los hombres son muy divertidos, porque, con el mesero de café actúan como un mesero de café, los machos actúan como machos. La primera motivación de los grupos de hombres fue el hecho de sentirse burlados frente al nacimiento del movimiento de las mujeres, incapaces de explicar el abismo entre su ideal y su comportamiento. En mi grupo de hombres (que era esencialmente lo que las feministas denominaban un grupo de palabra), me pude dar cuenta claramente, después de un año de palabrerías, que las relaciones Hombres/Mujeres no se establecen principalmente en la pareja en relación con su compañera, sino que lo hacen social y globalmente. Se aprende a ser hombre-macho, entre los machos, frente a las mujeres, a todas las mujeres, en la calle, el trabajo, en otros lados, y esto se aprende en el seno de la familia de origen y, sobre todo, en la escuela y en ese verdadero aparato ideológico del estado falócrato: el ejército.

Las Fuerzas Armadas... un excelente ejemplo de mecanismo social del "sexaje", de su producción, de su articulación con las otras relaciones sociales. Éstas tienen la apariencia de una sociedad de hombres, bien estructurada, con sus propias relaciones jerárquicas, con sus soldados rasos y sus superiores. Esta relación autoritaria no funciona sólo con la represión. Es necesario un cimiento ideológico, un consenso ¿frente a qué?, ¿a la línea Azul de los Vosges?, ¿a los Viets? En tiempos de paz, durante mi servicio militar, era "frente a las mujercitas". Todos somos machos, desde el general al soldado. Y el soldado que no golpea los tacones no es más que una "mujercita", y ése

que corre más lento no es más que una "mujercita" (o un homosexual) y los de mentón más angular se "echarán" a las mujercitas.

En fin, un esquema bastante clásico. Con el fin de obtener el consentimiento de los subyugados, los dominantes utilizan un truco: la competencia entre ellos, los dominados entre sí o frente un tercio dominado, con respecto al que hay aparentemente un conflicto entre dominantes y dominados.

Es la situación de los "blanquitos" frente a los negros de Estados Unidos. Blanquitos = machitos, otra forma de demostrar que "mujeres y negros, es la misma lucha".⁹

Es lo que Rudolf Bahro denomina "intereses compensadores", anzuelo lanzado a los dominados con el fin de que estos olviden sus aspiraciones liberadoras. El interés de los hombres a la perpetuación del sexaje (en compensación de su explotación por otros "machos", eventualmente del ser biológico femenino), es evidente. Pero en realidad ¿cuál es el interés histórico que podemos esperar nosotros los hombres de la emancipación de la mujer? El viejo político leninista responderá sabiamente: la realización de la unidad del pueblo frente al enemigo principal (el capital). Es cierto, pero para los hombres es pagar un poco caro. Y de hecho, las revoluciones populares no permanecen por mucho tiempo feministas.

Y en un "grupo de hombres", "¿cuál es la respuesta?" El coro: "no ser molestados por los otros hombres-machos cuando no se interpreta el papel de hombre-macho. Y sobre todo: tener relaciones 'más simpáticas' con las mujeres". Y al profundizar, por enésima vez, en la cuestión del piropeo a las mujeres, mezcla de los más

diversos comportamientos y motivaciones: ¿qué significan las "relaciones" más simpáticas? Pues bien, la camaradería, la amistad, el amor... ¡pero si estas relaciones ya existen! ¿Y el amor no es precisamente la base de la pareja, esas empresas privadas del sexaje?¹⁰

Los placeres del sexaje

En este punto, la tesis del sexaje llega a sus límites: visiblemente esta teoría no puede clarificar completamente la complejidad de las relaciones hombres/mujeres.

El objetivo de la revolución proletaria es (¿era?) la abolición de los asalariados y de los capitalistas, y no la instauración de las "relaciones más simpáticas" (o padres) entre más y otras. El objetivo de la revolución feminista no puede ser la abolición de los hombres, sino la destrucción de las relaciones de "sexaje", la liberación de las mujeres, y el establecimiento (o el desarrollo) con los hombres de nuevas relaciones, "de amor", en particular en lo que concierne a las mujeres heterosexuales; ahora bien, esas otras relaciones (que no son de sexaje) entre los sexos biológicos existen ya, ¿No sería por esa razón que en su mayoría las mujeres han permanecido durante mucho tiempo refractarias al feminismo concebido como lucha que llevan las explotadas contra los explotadores? La vida de pareja no es inmediata o sencillamente vivida como "un presidio doméstico". ¿Pero, los intereses compensatorios que las mujeres encuentran en su apropiación privada por un hombre, no serán la ideología propia de este modo de explotación; un opio que la haría soportable, y al cual encontrarán aun algún provecho?

Primero, profundizemos esa idea. Una contradicción del sexaje está en su esencia social y su

⁹Según el título de otro artículo de Francine Comte (*Partis-Pris*, núm. 15, diciembre 1979) que responde aquí a la exclamación de Alain Bihr (*Partis-Pris*, núm. 14): "¿Classe de femmes, quelle anerie pourquoi pas une classe de negres?". Justamente las dos situaciones son bastante parecidas: es un paralelo de explotación (la dominación por el sexo o la esclavitud) camuflada bajo una diferencia de la naturaleza (el sexo biológico o el color de la piel).

¹⁰Las tesis de C. Guillaumin han conducido a ciertas feministas a un "lesbianismo radical".

realización privada. Las mujeres pertenecen a los hombres en el sentido que una mujer no es nada, mientras no pertenece a un hombre particular. Entonces ella será explotada, pero en cambio estará "colocada". Por un mecanismo clásico en el asalariado (mejor ser explotado que desempleado), la apropiación privada por un hombre puede aparecer como una ventaja. Una camarada (quien militaba con las campesinas del suroeste) hizo notar durante una discusión, ante la estupefacción general, que el hombre es quien, de hecho, es "el pequeño capital" de la mujer; como prueba de esto, su papá le dio una dote para que encontrara un marido, y si éste la dejaba, ella lo pierde todo. Aquí también se encuentra en el asalariado una ilusión semejante; es el patrón que "da" el trabajo al obrero. Ilusión, por cierto, pero que no se puede abolir por el solo hecho de dismantelar. Seguridad material y afectiva, consideración social, van a la par con la apropiación por un hombre.

Pero todavía hay más. Si el taylorismo y el fordismo han efectivamente desposeído al obrero de su saber-hacer, de tal modo que el patronato y sus ingenieros organizan su trabajo, el hombre se apropia de las ventajas de ser dueño de una mujer... pero, ésta sigue siendo la íntegra detentora de los medios de dichas ventajas: ella es la "dueña de la casa", "el ama de la casa", al igual que el obrero es el dueño de sus herramientas.

Pido que se me perdone estos continuos paralelismos. Pero, habrá, antes de burlarme de las dificultades del feminismo para constituirse en un movimiento subversivo, recordar los sabios análisis marxistas sobre las tendencias obreras hacia el reformismo, el corporativismo, etcétera.

Ahora bien, las "trampas" de la colaboración de las clases puestas por el sexaje son infinitamente más fuertes y complejas. Cada mujer puede realmente esperar, aplicando las reglas del juego, invertir par-

cialmente el sexaje para sacar su propio provecho dentro del ámbito privado.

En comparación con otras relaciones sociales, en primer lugar los asalariados, la pareja presenta como una defensa, un bastión solidario. Frente a los patrones y el Estado, hombres y mujeres, las parejas obreras, empleadas, campesinas, pertenecen en general a las mismas clases. En la lucha cotidiana, por los medios de subsistencia, la solidaridad prevalece más de las veces sobre el antagonismo entre las dos clases de sexo.

Así, la constitución misma de la relación de sexaje y la imbricación de esta relación con otras relaciones sociales (con el Estado, con el capital), prohíben al feminismo, si éste quiere volverse mayoritario, deducir la realidad del sexaje, la táctica "clase-contra-clase". Esta táctica era ya considerada como estúpida y desastrosa para el combate de la clase obrera.

No hacía falta que el movimiento feminista reprodujera, mecánicamente, los errores "infantilistas" del movimiento obrero. La importancia otorgada por éste al análisis de su propia experiencia vivida lo ha protegido en la mayoría de los casos.

El amor no es el opio del sexaje

Si "el menor de los males" que constituye la apropiación privada de una mujer por un hombre (en relación con el falocracismo social), y si la solidaridad de las parejas enfrentadas a la adversidad bastan para explicar que las mujeres no sienten en general al hombre como un enemigo, cabe preguntarse, por lo tanto, ¿si se puede considerar que los lazos que unen al hombre y la mujer bajo la denominación de "amor" son una soberana hipocresía, "el alma del mundo sin corazón"?

Este es un problema delicado (problema de las "relaciones afectivas", del "deseo heterosexual") en el

que las feministas se resbalan muy rápidamente. Es con razón si, en la etapa actual, la principal tarea es más bien el afirmar: "mi amor, tú mismo eres mi enemigo".¹¹

Ahora bien, si se considera que "lo privado es político", es importante abordarlo como valientemente lo hacía Emmanuelle de Lesseps. Para las mujeres, y para los "heteros" de los grupos de los machos, puesto que a fin de cuentas, habría un medio sencillo de romper una relación de opresión que todos reprobaban: romper toda relación con nuestras compañeras... ni pensarla. Que quede bien claro, que no es únicamente para conservar nuestras criadas.

Hay que reconocerlo (y para los hombres es más bien allí, el punto de partida), existen otras relaciones entre hombres y mujeres, irreductibles al mero sexaje, y que para no enredarse con palabras más rebuscadas, y no más claras, yo llamaría relaciones "de amor".

"Si las mujeres desean algún hombre, eso significa que un hombre no puede ser adquirido como un todo ser, como un opresor, al igual que una mujer no puede ser definida enteramente como una oprimida. La opresión es un concepto que no da cuenta más que un aspecto de la realidad de las relaciones humanas", escribía Emmanuelle de Lesseps. Le dejo a ella la responsabilidad de las conclusiones que ella sacaba para el movimiento feminista.

"Dentro de una teoría feminista sobre la relación entre los sexos, es fundamental establecer la distinción entre el plan de las relaciones individuales, en las que se expresan las contradicciones (única esperanza de cambio social) y la representación social, normativa, de las relaciones heterosexuales. El primero no se reduce en la segunda — y es dentro de este margen esta diferencia —, que se ubica la posibilidad de la to-

ma de conciencia, de la rebelión, lo que significa que el feminismo nace de esta diferencia (...) Una mujer heterosexual en la actualidad, está obligada a llegar a un acuerdo con los hombres. Pero, si el radicalismo feminista tuviera que consistir en negar toda contradicción, en autosatisfacerse con principios puros, duros, llanos y nítidos, sería incapaz de explicar la realidad, incapaz de utilizarla, y de servirse de ella e incapaz de representar, y por lo tanto ayudar a las mujeres".

Por mi parte, quisiera simplemente resaltar la importancia de esta contradicción para un hombre respecto al feminismo y respecto al comunismo.

Pienso que efectivamente la conciencia de esta contradicción (oprimir al ser amado) es lo que más me ha inclinado hacia las tesis feministas. Creo que si algún día, los hombres aceptan la hegemonía del feminismo, eso significa que habrán descubierto la posibilidad de desarrollar relaciones individuales y sociales (en la calle, en el trabajo) con las mujeres, pero no serán, de entrada, entrampadas en los roles, del ligue, del paternalismo o de la manipulación. Pero, claro está, los hombres no dejarán nunca la presa para buscar su sombra. Sólo la lucha de las mujeres les permitirá descubrir las nuevas relaciones.

Pero, generalmente, creo que las relaciones de amor (no forzosamente heterosexual, por cierto) son por sí mismas una fuerza anticapitalista, antiEstado, antielitista, antiproduccionista, etcétera. En sí mismo estas relaciones son una fuerza subversiva. ("No iremos a la meta uno por uno sino por dos") cantaba ya el comunista y surrealista Paul Eluard, (quien tuvo tal vez una visión algo limitativa del problema...). De allí las reticencias de muchos hombres a la "no-mixtidad" quien fue poco a poco dominante en el movimiento para la liberación del aborto y de la contracepción. Este aislamiento feminista tenía, sin duda alguna, bastantes justificaciones teóricas y tácticas. Sobre lo

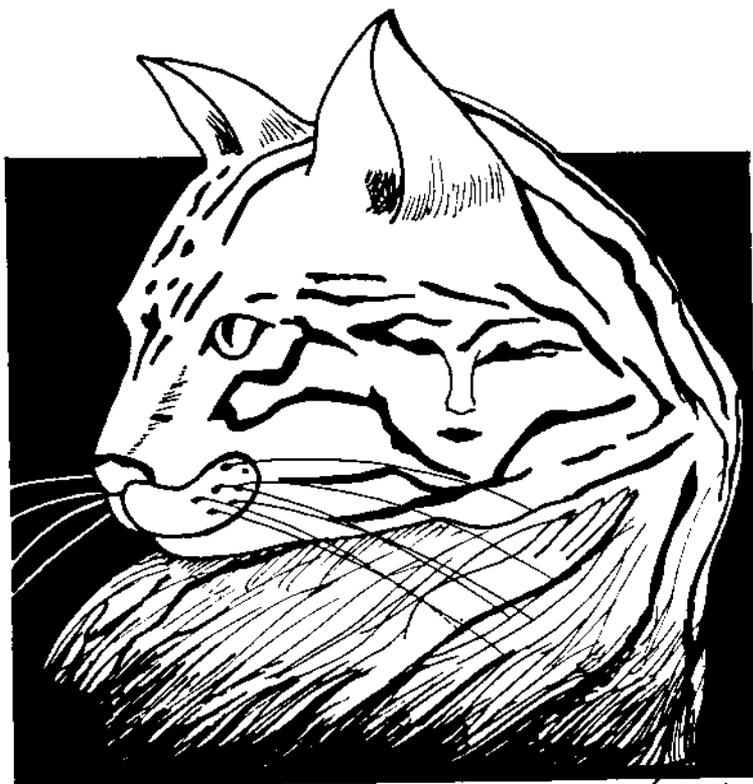
¹¹Francine Comte, *Partis-Pris*, París, núm. 14.

fundamental, sigo convencido de que la lucha para la emancipación de las relaciones amorosas, de las limitaciones y deformaciones, que imponen las relaciones sociales opresivas, puede ser una tarea común para las mujeres y los hombres.

Pero no se puede hacer caso omiso, hoy día de la marca, de las normas que la falocracia imprime a las relaciones amorosas. La liberación de esas relaciones no puede por lo tanto llevarse más que con la "dirección" de los oprimidos: las mujeres (y los homosexuales). "Bajo la dirección", en el sentido de que a las oprimidas les conviene más la abolición de estas normas, y que ellas velarán efectivamente que la liberación no consista en un reacomodo modernista del orden falocrático existente.

Para terminar, los hombres no se colocarían frente a las mujeres como "burgueses", dentro de la relación de sexaje, es decir, el papel de explotador por combatir. Pueden también tener el papel de aliados inconstantes, que se columpian de uno de los campos al otro; vacilando para renunciar a sus ventajas inmediatas en aras de la liberación de las relaciones amorosas, de los aliados que no pueden movilizarse bajo la firme dirección de la clase fundamentalmente explotada, la clase de las mujeres. Finalmente, tienen también el papel de los "pequeños burgueses".

Bueno, compañeros, como lo pueden ver, *haciendo trabajos con firmeza*, se puede todavía estucar el viejo marxismo.



J. F. F. F.